

EL FIN DEL MUNDO

Que exista el fin del mundo para muchos es indiscutible, porque Jesús así lo hizo saber en repetidas ocasiones; nos queda solo por saber cuándo tendrá lugar. El caso es que a partir del año 1000 en adelante se fueron repitiendo puntualmente predicciones muy precisas sobre dicho fin, quedando a veces pospuestas por un supuesto "cambio de parecer" del Padre eterno, o en virtud de los méritos acumulados por las plegarias, las penitencias o los ayunos de sus "mejores hijos". En nuestros días, el esperado final ha sido fijado, salvo prórrogas o cambios de parecer del Señor de última hora, para el 21 de diciembre del 2012... De ello dan fe los calendarios maya, profecías, visiones ciertas que se proclaman dignas de confianza. En tanto, distintos desastres naturales, como violentos terremotos o espantosos maremotos son solo un pequeño anticipo de lo que está por suceder con el inminente fin del mundo.

Si es así, conviene prepararse con tiempo para que este suceso no nos sorprenda como personas desprevenidas, tal como aconsejaba un personaje del calibre de San Pablo, quien, firmemente convencido de la inminencia del fin, intentó sin éxito alertar a las comunidades cristianas: "Os digo, pues, hermanos: El tiempo es corto. Por tanto, los que tienen mujer, vivan como si no la tuviesen. Los que lloran, como si no llorasen. Los que están alegres, como si no lo estuviesen. Los que compran, como si no poseyesen. Los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen. Porque la apariencia de este mundo pasa" (1 Cor 7,29-31).

Así es, Pablo lo tenía del todo claro: "La apariencia de este mundo pasa". Y, en cambio, el que pasó fue Pablo, así como los destinatarios de sus advertencias y todos aquellos que, convencidos o no, anunciaron, esperaron o temieron el fin del mundo.

Quien no ha pasado ha sido Jesús, y su mensaje se nos muestra más válido y actual que nunca. La buena noticia está dirigida a la felicidad de los seres humanos, porque ésta es la voluntad del Padre: que todos sean felices aquí, en esta existencia terrena. Y el Señor indica asimismo cuáles son los elementos necesarios para esta dicha plena: ésta consiste en lo que se hace para los demás, y esto es posible para todos ("Hay mayor felicidad en dar que en recibir", Hechos 20,35).

La buena noticia de Jesús no contiene amenazas de terribles catástrofes que se cierren sobre la tierra. En ningún pasaje del evangelio se anuncia o profetiza un supuesto fin del mundo. Por el contrario, Juan escribe en su evangelio que "Dios amó tanto al mundo que envió a su Hijo único..." , y que "Dios no ha enviado su Hijo al mundo para juzgar el mundo, sino para que el mundo se salve por medio de él" (Jn 3,16-17), y sería bastante extraño que un Dios, que envía su Hijo único para salvar el mundo, después lo quiera destruir.

Jesús no anuncia en ninguna ocasión el fin del mundo, sino profundas transformaciones que lo irán mejorando, haciéndolo cada vez más humano, a fin de llevar a cabo "el cielo nuevo y la tierra nueva en los que habita la justicia" (2 Pe 3,13). Estos cambios son el fin del mundo, de aquellas épocas, ciclos, que parecían eternos por enraizados que estaban en la historia, y, en cambio, han quedado disueltos para beneficio de la humanidad.

El Creador ama su obra, la creación.

Dios crea, no destruye.

El relato de la creación que nos narra el libro del Génesis, no es la lamentación por un paraíso perdido, sino la profecía de un paraíso por construir. Y el hombre es llamado a colaborar y a llevar a cumplimiento esta creación ("Mi Padre trabaja siempre y también yo trabajo", Jn 5,17).

Y precisamente en el libro del Génesis hallamos un desmentido rotundo de cualquier previsión catastrófica del fin del mundo. Con la narración del diluvio, en efecto, el autor quiere corregir la creencia que relacionaba los fenómenos atmosféricos con la ira divina, y el Señor mismo asegura

que "no exterminaré ya más carne alguna con aguas de diluvio, ni habrá mas diluvio para destruir la Tierra " (Gen 9,11). Como confirmación de la verdad de su declaración, el Señor... depone las armas: el arco de guerra, el instrumento que le servía a Dios para lanzar las saetas y castigar a los hombres, queda definitivamente abandonado. El arco del Señor no solo no servirá ya más para punir a nadie, sino que pasará a ser la señal de la alianza entre Dios y la humanidad: "He puesto mi arco sobre las nubes, como señal del pacto que establezco con la tierra " (Gen 9,13).

Desde siempre el mensaje del Señor concede serenidad, nunca acaba con ella.

No existe ningún fin del mundo que temer, sino el final deseable de determinadas épocas históricas.

Cuando Jesús revela que "el sol se oscurecerá, la luna no dará más su resplandor, las estrellas caerán del cielo y las potencias celestes se tambalearán " (Mt 24,29), no está anunciando calamidades que azotarán la tierra, y no hay ninguna alusión a situaciones terroríficas para los seres humanos. El sol y la luna eran consideradas divinidades, y, en cuanto tales, eran adoradas por los pueblos paganos, y con las estrellas se indicaba a los poderosos que ambicionaban poseer la condición divina y, por esto, residían en los cielos ("¡Cómo caíste del cielo, Lucero, hijo de la mañana! " , Is 14,12). La catástrofe no amenaza al mundo, sino a los cielos, considerados el hábitat de los poderosos.

Las palabras de Jesús no suscitan terror, sino esperanza: "Cuando empiecen a suceder estas cosas, alzaos y levantad la cabeza, se acerca vuestra liberación " (Lc 21,28).

El anuncio del evangelio por parte de los discípulos, llamados a ser "luz del mundo " (Mt 5,14), provocará el eclipse de las falsas divinidades y, de la mano del mismo, la caída de los regímenes que se apoyaban sobre ellas y de las potencias que dominaban a los hombres.

La historia continuará, pero el mundo habrá cambiado de aspecto.

Jesús anuncia que después de la destrucción de Jerusalén y de su Templo (que tendrá lugar en el año 70 obra de los Romanos) se abre una nueva etapa en la humanidad. La caída y la desaparición de la institución religiosa judía no supone el final, sino una primera etapa de aquél proceso irreversible en la historia que contemplará la caída de todos aquellos poderes que se oponen a la realización del Reino de Dios. Todo régimen basado en el poder y en el dominio de los hombres tiene ya en sí el germen de la propia destrucción, como un gigante con pies de barro (Dn 2,33). Por consiguiente, no hay que temer ningún apocalipsis, sino hacerlo realidad. El término griego apokalypsis no significa más que revelación. ¿Y cuál es esta revelación? No se trata de catástrofes terribles que asustan a los seres humanos, sino de la revelación que Dios está siempre de parte de los oprimidos y nunca de los opresores, de los perseguidos y nunca de los perseguidores. Es ésta la revelación que anima y estimula a la comunidad cristiana y le da la fuerza de llevar adelante el mensaje de la buena noticia en una sociedad adversa, con la certeza de que todo régimen opresor verá su propio fin.

Alberto Maggi